

---

---

## PLATICA VII.

EN DIA DE CORPUS CRISTI: DEL ORIGEN DE LA FIESTA  
Y DE SU SOLEMNE PROCESION.

---

Mayo 11 de 1690.

---

**N**uestra explicación nos obliga hoy á seguir la Cruz, y el día nos está convidando á ir en la Procesion, todo es uno; que seguir la Cruz eso es ir en Procesion, segun el lenguaje de los antiguos cristianos, dice nuestro erudito Raynaudo: *Crucem sequi, dicitur pro eo quod est interesse processione* (Rayn. tom. 15. Her. f. 106, num. 16.) Tan antiguo es el uso santo de que vaya siempre delante de la Procesion la Santa Cruz, que desde el cuarto siglo de la Iglesia, en que respiró ya la cristiandad de trescientos años de persecuciones y tormentos, así que el Gran Constantino arboló la Cruz por bandera dichosa á sus ejércitos, la Iglesia Santa levantó tambien la Cruz por estandarte piadoso en sus Procesiones. (*Ap. Rayn. ibi.*) De los tiempos de San Crisóstomo lo refieren Sócrates, Sozomano y Nicéforo; y de sus tiempos lo menciona establecido el gran Emperador Justiniano, en la novena Constitucion de 123. De aquí, pues, vino

el comun modo de decir, que seguir la Cruz es ir en Procesion. Conque sin dejar de seguir la Cruz, podemos nosotros hoy ir en la Procesion, y tanto, dice nuestro Raynaudo, que los antiguos cristianos por decir voy á la Procesion, decian: voy á la Cruz: *In actis S. Cunegundis dicitur, parentes cujusdam puellæ reversos á Crucibus, id est á Processione.* (Rayn. ubi. *supr.*) De modo, que ir á la Procesion lo miraban entónces los cristianos como ir á la Cruz. No sé si ahora tienen tan por Cruz esto de ir á la Procesion. Allá lo saben, allá lo vean, pues lo cierto es que á la Procesion del Corpus-Cristi, con mucha especialidad debiéramos ir como á la Cruz; porque al hacernos el Señor este divino, infinito é inesplicable beneficio de dársenos en manjar en su Sacramento, quiso que siempre fuera á nuestra memoria tierno recuerdo de su Pasion y de su Cruz. A esa miran en el Santo Sacrificio de la Misa, tantas cruces como hacemos los sacerdotes, y á eso atendió el Señor en querer que este Sacrificio fuese siempre tan á vista de la Cruz, que ésta no falte del altar. Dígalo el tan prodigioso como sabido milagro de la Cruz de Carabaca, que del Cielo trajeron los Angeles porque no faltase Cruz en el Altar. Y de San Ignacio, Arzobispo de Constantinopla, refiere Baronio, que siempre que consagraba, al alzar la Hostia, la Cruz que estaba en el Altar á ese mismo paso se iba levantando en el aire, y bajaba tambien la Cruz al paso que bajaba la Hostia. Tal correspondencia tiene con la Cruz este Divino Sacramento, porque en él nunca nos olvidemos de la Cruz. Y ahora pues, ya vá delante la Cruz; empecemos á ver la Procesion del Corpus como quien sigue en ella la Cruz; quiero decir, con espíritu y con devocion. Pero

mientras van llegando los Santos y se ponen en orden las Cofradías, me pregunta un curioso, ¿cuál fué el principio de esta Fiesta, y qué fin pretende la Iglesia con esta solemne Procesion? Va de fiesta, y venga de atencion.

Por los años de 1210, (Hautino *num.* 1063, y *num.* 1070.) florecía en Lieja de Flandes una santa doncella de muy conocida virtud, llamada Juliana de Monte Cornelio: á ésta, cuando en lo mas fervoroso de su oracion, dió en representársele una hermosísima luna; pero aunque cercada de bellísimos resplandores, advertia que para llenar del todo su hermoso círculo, le faltaba un poco; reparolo la Santa Virgen, y respondiéronle del Cielo que aquella luna era la Iglesia Militante, á quien para llegar á toda la plenitud de la hermosura en sus Sagrados Ritos, le faltaba celebrar una solemne Fiesta al Santísimo Sacramanto. Ella, tan humilde como virtuosa, temiendo algun engaño, se acogió al seguro dictámen de ver y callar. Veinte años estuvo viendo esta vision, y callándola veinte años, (no callan tanto otras las que quizá no son revelaciones.) hasta que el año de 1230, concurriendo otra semejante revelacion á orra tambien santa doncella, llamada Isabél, con esto se alentó Juliana á decir lo que había visto. Y comunicada la materia con gran madurez entre Varones doctísimos, Roberto entónces Obispo de Lieja el año de 1240, publicó esta fiesta en su Obispado. (Rain. *t.* 13. *Heter. fol.* 205, *num.* 14 y *fol.* 209.) Era Arcediano entónces de Lieja Jacobo Pantaleon, el cual llegando poco despues á ser Sumo Pontífice de la Iglesia, se llamó Urbano IV. y ya en la Silla con aquellas noticias, con otros milagros que sucedieron, y á instancias de otra santa

virgen que florecia tambien en Lieja, y se llamaba Eva: porque si fué una Eva la que nos dió en un bocado la muerte, fuese otra Eva la que hiciese triunfar en el mundo el Manjar que nos dá la vida. En fin, Urbano IV. el año de 1262, expidió una Bula llena de piedad á toda la Iglesia, mandando que en este dia se celebrara esta fiesta con todas demostraciones de piedad y de regocijada devocion. Mas tardó su ejecucion hasta los años de 1306, en que el Sumo Pontífice Clemente V. en el Concilio Vienense la confirmó de nuevo; y con todo pasaron algunos años hasta el de 1317, en que el Sumo Pontífice Juan XXII, promulgando las Clementinas, incluyó aquella en la Clementina *Si Dominum, de reliquiis*, y mandó que se hiciese la solemnisima Procesion. Y desde allí se empezó á celebrar por toda la Iglesia con universal regocijo. Y por acabarles de dar un recio tapaboca á los impíos hereges, la confirmó despues con gravísimas, piadosísimas y ponderosísimas palabras el Sacrosanto Concilio de Trento en la *Ses. 13. c. 5.*

Este, es pues, el origen de salir aquel Divino Sol Sacramentado á llenar la Luna hermosa de la Iglesia de bellísimos resplandores, á derramar en nuestras almas purísimas luces, á esparcir en nuestros corazones rayos que los enciendan. ¡Oh, cristianos! Cante alegres triunfos nuestra Fé, dé saltos de placer nuestra esperanza, suba en quieta llama nuestra Caridad, derrámese toda en festivos aplausos de devocion, el Coro resuene en alegres concertos, la música resuene toda su armonía en dulces himnos, la pureza rebose por los lábios el regocijo en alabanzas, y asómese por los ojos en lágrimas el alborozo.

Pero ya van llegando los Estandartes: ¿qué sig-

nifica esto? ¿Pues no bastaba uno? Insignia eran del triunfo en la antigüedad llevar el vencedor por delante las banderas de los ejércitos vencidos. ¿Y acá? Son esos Estandartes insignias de nuestra Fé, en que gustosamente cautivos nuestros entendimientos, adoramos á nuestro verdadero Dios bajo las especies de Pan. ¿Y cuántos actos de Fé le habeis ofrecido hoy, católicos? No sé si os habeis acordado, que si toda la diversion se busca á los ojos, no tiene ojos la Fé. Acuérdomé que en este día se renueva siempre con ternura, en la Ciudad de Guatemala, la memoria de aquel venerable varon, padre de pobres, el hermano Pedro de Sn. José, quien en este día atando su capa en una gruesa pértiga, para que á él le sirviese de Cruz lo que al Divino Sacramento de victorioso Estandarte, con él, tan fuera de sí entre los regocijos de la Fé, iba en Proseccion, ya reboleando, ya batiendo su bandera con tales demostraciones de un absorto y abrazado zelo, que azomando á los unos las lágrimas, y á todos la admiracion, él sólo gobernaba toda la Proseccion. ¡Ah, Cristianos! ¡Cuánto le agradaria mas á Dios aquella capa de palmilla burda, puesta en un palo, que muchas sedas y telas hechas estandarte del demonio! Aquel mismo Dios, que está llenando de gloria á los cielos, es el que se pasea entre nosotros. Avivemos la Fé; eso será llevar en Proseccion el Estandarte. Pero ya van pasando las Cofradías, y todos con velas encendidas en las manos. ¿Por qué? Era tambien esa, en la antigüedad, insignia de triunfo. (Haut. n. 1055. *El Triunfo de Julio Cesar. It. num. 1058.*) Pero acá eso es triunfar nuestra caridad, en amorosas llamas de encendidos afectos. Han de ir los corazones mas derretidos en amor, en

amor todas esas materiales llamas, que así á nuestro Dios su amor infinito le hizo en aquel Sacramento quedarse con nosotros: ¿con qué se paga amor, sino con amor?

Habia acompañado la Proseccion en este día el Emperador Ferdinando 11. llevando en la mano un hacha de cuatro pavilos, y del ejercicio y del peso le sobrevino una terrible hinchazon al brazo; y mientras daba cuidado porque amagaba peligro, llegó la Proseccion del domingo: por hoy, le dijo uno de sus Príncipes, está V. Magestad escusado de asistir á la Proseccion.—No lo estoy por cierto, respondió, que todavía me queda el otro brazo con que asistir en su debido obsequio á mi Dios; y así lo hizo. ¡Oh corazon Austriaco! Basta, que con esto he dicho lo católico. No respondió eso cierto Guardian, que de miserable, porque no se le gastara cera, queria que la Proseccion de este día anduviese solo por dentro del claustro. Instáronle con tanta porfía los del pueblo á que saliera por las calles, que viéndose apurado y apretado á sus instancias, volviéndose al Señor le dijo: Señor, bien sabeis cuán pobre está el convento, y así, toda la cera que se gastare me la habeis de pagar. Y se la pagó el Señor tan puntualmente que, habiendo andado la Proseccion por espacio de cuatro horas, y ardiendo en ella muchas hachas, despues de pesarla se halló que no se habia consumido ni una gota. ¡Ah, corazones apocados! lo que se dá á Dios no se pierde. Arded, arded, que allá vereis en lugar del consumido el logro. Pero ya llegan los Santos, ¡y cuántos de ellos vienen!

Es costumbre muy antigua en la Iglesia, que con sus santas imágenes nos acompañen acá en la tierra los que ya en el cielo triunfan, no solo para

que nos alcancen de Dios nuestros ruegos, sino tambien para que á vista suya se aliente nuestra esperanza de que los hemos de ir á acompañar allá en el cielo, en aquella Procesion festiva, en que ellos siguen á este Divino Cordero, que acá nosotros celebramos. Ahí iba hoy la imágen de San Felipe de Jesus: ¿cuántas veces veria él en esa calle como nosotros ahora, la Procesion? Aliéntese, pues, nuestra esperanza; mas para que sea verdadera, hemos de tener en el alma el adorno de las demas virtudes. Eso nos avisa todo ese aparato con que se asean y se previenen las calles con sombras, ramos y flores, tapices, colgaduras y sedas: todo es decirnos que las flores y los ramos de la naturaleza, se ayuden con los brillos y graciosos tejidos de la gracia; y esa será la mejor prevencion de precioso adorno para celebrar aquel Divino Sacramento.—Sí; ¿pero qué hemos de decir á los gigantones?—Confieso que no he podido hallar el origen; mas yo pienso que es decirnos, que por virtud de este Divino Sacramento, quedamos todos tan robustos, tan poderosos y tan fuertes; y que con este Pan Soberano, mejor que aquellos fabulosos gigantes, hemos de escalar el cielo y nos hemos de hacer dueños de la Gloria; y si es tanta nuestra dicha, las danzas nos exicten al espiritual regocijo; las músicas hagan rebosar el gozo en nuestros corazones; los clarines, las chirimías y las campanas, conspiren al regocijado alborozo, á la alegre pompa, al festivo aplauso.—¿Qué linda vá la Procesion?—Sí: como lleve los Estandartes nuestra Fé, las antorchas nuestra Caridad, con los santos vaya nuestra esperanza, y todas las virtudes sean el adorno y las colgaduras de nuestras almas,

linda Procesion por cierto; pero si no hay esto, lo demás nada sirve.

Pero á atodo esto, ¿no hay quien me pregunte por la Tarasca? pues ha de salir, que es fuerza. Este nombre Tarasca se tomó del verbo griego *Theracca*, que quiere decir espantar, poner miedo.—¿Con que Tarasca quiere decir espantajo?—Sí: ¿no le ven aquella figura, qué fiera? Parece dragon, parece ballena, parece sierpe y lo es todo, pues es Tarasca. Esa significa el demonio, aquel dragon fiero, de quien nos promete David que lo ha de sujetar Dios, hasta ser juguete de muchachos: *Draco iste quem formasti ad illudendum ei*. Aquel Leviathan carnicero, monstruo marino, de quien nos promete Job que pescándolo nuestro Dios con su anzuelo, lo ha de dejar tan sin fuerzas, que sea la risa, la mofa y el entretenimiento de la plebe: *¿Nunquid illudes ei, quasi avi, aut ligabis eum ancillies tuis?* (Job. c. 40.) Así quedó el Demonio por virtud de aquel Divino Pan Sacramentado, hecho un espantajo de risa: porque si comulgamos como debemos, nos tiembla, dice San Crisóstomo: *Ab illa mensa recedamus facti diabolo terribilis*. (Crys. hom. 61 ad. P.) Pues démosle la vaya á ese Tarascon fiero, y triunfe en nuestras almas nuestro Soberano Dios Sacramentado.

Este es, pues, el fin de tanta fiesta, y pues que hemos visto su principio y sus medios, bien será que veamos su fin. En dos partes lo divide el Santo Concilio de Trento. El primero, para que hoy los que tuvieren sentimientos de cristianos, desagravien á nuestro Redentor de las afrentas, injurias y tormentos que por nosotros padeció en su Pasión.—¿Y esto ha de ser cómo?—Dijolo el Santo Concilio: *Singulari, et rara significatione*. No

basta con cualquiera devocion, no basta con cualquier afecto, siño con una singular y rara demonstracion de piedad. ¡Singular y rara? ¡Ah, católicos! Por las calles de Jerusalén anduvo nuestro Redentor maniatado y preso; mofado como loco, y puesto entre dos ladrones como malhechor. Y ¿cómo lo habeis hoy sacado por esas calles? Vuestras almas lo han de decir: si lo habeis adorado con ternuras del corazon, con afectos del alma, con reconocimiento, con esmerados actos de virtudes, con limpieza de la conciencia, triunfante ha salido nuestro Dios. Pero si han privado las vistas, si ha sido todo el cuidado á las galas, si ha sido toda la atencion á la vanidad, y si ha sido toda la fiesta cometer culpas, ¡oh, Dios mio! Mira, mira, le decia en un dia como este, S. M. á Doña Sancha Carrillo, habiéndosele aparecido cubierto de frescas llagas, corriendo viva sangre, afeado todo y escupido: mira cómo me maltratan hoy en el mundo, que me ponen tal cual me ves.—¿Oh, Señor, y estarás hoy así? Cada uno lo piense, lo pondere y lo llore, si es que haya lágrimas que basten á llorarle.

El segundo fin de salir hoy el Señor por esas calles, dice el Santo Concilio, es para que le recompensemos con rendidos y amorosos obsequios, los estupendos y formidables desacatos conque tantas veces se le han atrevido, no solo los herejes y judíos, sino aun los malos cristianos, recibiendo sacrilegamente aquel Divino Sacramento. Y para agravios tan inexplicables y tan estupendos, ¿cuáles son en recompensa nuestros obsequios? ¿Ponerse una gala este dia y salir por esas calles á lucirla? Gran cosa. ¡Ah, fieles! ¿dónde está nuestra fé, nuestro amor, nuestro agradecimiento y

nuestra devocion? ¿Qué importa que hoy sea tanto el concurso en la Procesion, si toda esta Octava se están las Iglesias casi solas, mostrando así que solo se busca hoy la diversion? Y plegue á Dios no sea peor lo que se busca! ¿Qué importa que á las fiestas acudan tantos á la Iglesia, si lo restante del dia la dejan sola, mostrando que van á buscar no á Dios, sino á la música? Fieles míos, por el amor infinito que á nuestro Dios en aquel Sacramento le debemos, por los beneficios inmensos que así nos hace, ruego y pido á todos que sea el fruto de esta Plática que cada uno, segun sus ocupaciones, dedique una hora, ó siquiera media, cada dia de esta Octava, para visitar devoto y agradecido á su Dios y Señor, patente en el altar. Y para poner aliento á esta tan justa devocion, no quiero que os sirva el ejemplo de los Serafines ni el de los Santos, porque no me digan que ni sois tan espirituales ni tan Santos; sino que un bruto ha de ser el que nos ponga confusion y vergüenza:

Historia prodigiosa que refiere nuestro Eusebio Nieremberg, (*Nier. Hist. Nat. l. 9. c. 94. pag. 200.*) y quien afirma que sucediendo en sus dias, tenia con mucha razon llena de admiracion á toda España. En la gran Ciudad de Lisboa, en la vecindad de la Parroquia de Santa Justa, un pastelero tenia un perro de mediano cuerpo, color rubio y manchas blancas, llamado Tudesco. Bien merece que se escriban sus señas y su nombre, un perro tan prodigioso: Este, ó por destino de su dicha ó por disposicion admirable de la Providencia, se dedicó todo á servir al Santísimo Sacramento, con tal cuidado, que al punto que con las campanas hacian en la Parroquia la señal de salir el Santísimo, donde quiera que estuviese y á cualquiera

hora, al punto, dando saltos regocijado, corria ligero á la Iglesia, rodeábala toda y volvíase á su casa, hasta que á la segunda seña de que ya el Señor salia, volvía otra vez corriendo, y despues de hacer muchos fiestas ganaba su lugar delante del Palio: iba con el Señor, y entrando en la casa del enfermo, echávase con toda quietud en el patio, hasta que saliendo su Magestad volvía de la misma suerte hasta entrar en su Parroquia, y jamas se apartaba hasta haber encerrado el Santísimo en su Tabernáculo. Empezó ya á causar reparo esta continuacion de este dichoso animalillo; y por ver si era solo contingencia, pusieron cuantos medios fueron posibles por detenerlo, por divertirlo, ó por engañarlo, porque ni acariciándolo su amo se daba por entendido entónces, ni arrojándole carne bastó jamas para detener su gana por correr á la divina obediencia. Quitaron algunas veces los Monacillos, por ver si eran á ellos sus caricias; pero él proseguía con el Señor de la misma suerte. Lo encerraron muchas veces, pero en oyendo la campana, con las uñas, con los dientes, con la inquietud, con los gemidos, se hacia pedazos hasta que obligaba la lástima á darle soltura, y al punto corria á buscar el Santísimo donde quiera que iba. ¡Hay mas racional animal! Pues lo mas prodigioso era su zelo. Iba delante del Señor, como he dicho, y siendo tan manso no había que burlar con su cólera si viera alguno menos reverente. Así iba una noche, y estando en la calle un hombre dormido, y por eso descuidado de adorar al Señor, envistióle el Tudesco como un Tudesco, y no cesó de afligirlo hasta que ya puesto de rodillas, sin mas diligencia se sosegó el perro. Otro caballero iba en su caballo, y se le hizo muy difícil apearse:

pero el Tudesco se lo facilitó bien presto, porque le envistió con tal furia, que no hubo quien lo detuviera hasta que lo desmontó y se puso de rodillas: y he aquí al Tudesco sosegado; pero con mas prodigio, que habiéndole el caballo quebrado una mano, no fué posible detenerlo para curarlo, sino que manquendo prosiguió con el Santísimo: llegó al anfermo, volvió á la Parroquia, y entónces yéndose á su casa dejó que lo curaran. Otra vez, llena la Iglesia de tupido concurso, al sacar al Santísimo, una muger se quedó en pié, y sin que al perro le pudiese estorbar la muchedumbre de la gente, saltando por entre todos llegó á ella y la acometió con tal furia, que parecia quererla hacer pedazos: hiciéronle señas que se arrojara, hizolo y al instante se acabó el pleito, volviéndose el Tudesco haciendo fiestas. ¡Oh, bruto prodigioso, que así sabes enseñar respetos á los racionales! Por último, Juéves y Viérnes Santo, por espacio de veinticuatro horas estuvo este animal asistiendo al Santísimo Sacramento, con tal fineza, que olvidado de la comida, no hubo quien del altar lo apartara.

¡Oh, mi Dios y Señor Soberano de nuestras almas! si así en un bruto hallas amor, veneracion, zelo y respeto, ¿cómo podrán resistirse duros á tu amor nuestros corazones? Triunfa, mi Dios, triunfa, que á tus debidos obsequios rendimos muy gustosos toda nuestra fé, ofrecemos por víctimas cautivas nuestras almas en tu amor, y regocijada te repetirá estos dias alegres alabanzas nuestra esperanza; que si acá nos concedes la dicha de acompañarte y gozarte en tu Soberano Sacramento, fuente de la gracia, esperamos en tu infinito amor que te veremos tambien con colmo felicísimo en la gloria.